

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como yo he transportado á la América española todas las ilusiones perdidas en España—y no es flojo capital negativo!—confieso que me desazono cada vez que veo demostrado que esa América se nos parece extraordinariamente en muchas cosas. Esta semejanza psíquica la había echado de ver en la interesante novela *Nebulosa*, de Carlos María Ocantos: la novela es argentina, argentino el autor; pero todo aquello no se dijera sino que sucede aquí, en nuestras playas, en nuestros balnearios elegantes. Si aquello, como supongo, es la misma verdad, nos reconocemos y nos sentimos tan idénticos á nuestros hermanos de allende los mares, que no merece la pena de cruzarlos para encontrarnos, al punto de desembarcar, en nuestra calle y á la puerta de nuestra casa.

Impresión muy parecida á la que me dejó la lectura de *Nebulosa*, experimento al recibir un elegante y bonito prospecto en cartulina gris *camaiëu*, realizada con oro, en cuyo frontispicio gallardo heraldo, tremolando el pendón de la liza y haciendo resonar la trompeta, anuncia á voz en cuello y pregona estrepitosamente los *Juegos Florales* que el 12 de octubre celebrará la Asociación patriótica de Buenos Aires (*Patria, fides, amor!*)

Dentro, la convocatoria y el cartel de temas y premios. Antes de entrar á examinarlo, me apresuro á adelantar una rectificación: estos *Juegos Florales* son más bien obra española que americana: entre los que dirigen la convocatoria se cuentan compatriotas amigos míos, que supongo no llevarán á mal las observaciones que voy á dirigirles.

Sepan, además, que de ningún cartel de *Juegos Florales* he solido yo quedar lo que se dice encantada. No: encantada no: seamos francos. No discuto la institución; venga de Clemencia Isaura, y avancen las sombras de Macías, Guillén de Cavestany y cuantos trovadores en el mundo han sido, y no digo serán, ¡porque... *pa mí* que no serán!, la casta se ha concluido. Admito, corriente, los *Juegos Florales*; pero voy á explicar cómo.

En primer término, recordemos que los *Juegos Florales*, ó mienten á su origen y tradiciones, ó se reducen á justa poética. Los temas útiles (gramaticales, históricos, pedagógicos, bibliográficos, y más aún comerciales, bancarios y sabihondos) les están á los manes de Clemencia Isaura como á un grillo unas botas de montar. O son *Juegos Florales*, de poesía, ó Certamen general de cultura. Yo me inclinaría á preferir este nombre, en casos como el que me dicta lo que voy escribiendo. Admitiendo, pues, que el heraldo gris lo que anuncia es un certamen de cultura, mis observaciones revisten, ó revestirían, otro carácter. Entonces yo me fijaría en dos cosas: si el tiempo concedido es suficiente: si el premio ofrecido compensa el trabajo que se deberá invertir, para hacer algo que algo valga. Y con arreglo á este criterio, que no tengo por elementalmente justo, critico el programa del consabido Certamen.

Mi crítica (no se diga que ando por las ramas) se dirige principalmente á los premios de la Academia de Madrid, Academia de la Lengua, Ateneo de Madrid, Ayuntamiento de Barcelona, Ayuntamiento de Zaragoza..., ya ven que á nadie perdono. En cambio, mis elogios cumplidos al *Centre Catalá* de Buenos Aires, y al Club Español, de Buenos Aires también. Estas dos colectividades, dando prueba de buen sentido, han designado premios en dinero, cantidades respetables. Gracias á Dios que alguien se pone en lo racional.

Siempre cabrá censurar que trabajos de los cuales la mayor parte implican estudio y acopio de noticias, tengan que estar en poder de sus jueces el 31 de agosto de 1904, habiéndose anunciado el Certamen el 21 de marzo del mismo año. Cinco meses, de los cuales habrá que desquitar, para los concurrentes españoles, más de un mes que tarde en llegar aquí la noticia y allá el manuscrito. No cabe mayor instigación á las improvisaciones, que en verso pueden ser muy buenas, pero en prosa son una peste.

Y al apremio del tiempo que vuela, ¿qué ánimos tendrá un escritor á quien se le ofrecen, como recompensa á sus fatigas, alguna medalla, un objeto de arte (¡es tan vago y tan elástico esto del objeto de arte, Dios mío!), un ejemplar de las *Leyendas* de José Zorrilla, ó un ejemplar del *Quijote*? ¡Vaya unas rarezas bibliográficas!

Se me dirá que tales trabajos se emprenden por la honra y por la gloria. ¡A perro viejo no hay tus tus! ¿Jugamos á engañarnos? De sobra sabemos que ni mucha honra ni mucha gloria suelen reportar los premios de *Juegos Florales*. Generalmente, con excepciones que podrían señalarse en Cataluña, los poetas laureados de los *Juegos* se quedan tan en la sombra como estaban antes de designar reina. Más oscurecidos aún los prosistas. Al otro día de la ceremonia, si te he visto no me acuerdo. Quien afirme lo contrario, pruébelo, por su vida. Ofrezco un termómetro «de arte» á quien en el plazo de un año entero escriba la mejor Memoria sobre las reputaciones literarias basadas en esta clase de lauros florales ó floríficos.

Ni gloria, ni provecho: prisa y pie forzado: competencia, la incertidumbre hasta de tan modesto triunfo. No es tentador, y la calidad de los envíos tendrá que resentirse de la índole de los alicientes.

Por un ejemplar de las *Leyendas* de Zorrilla quiere el Ateneo de Madrid un «Estudio sobre la influencia de Zorrilla en la literatura americana.» Rectifico: no quiere uno: quiere varios, porque uno solo no implica certamen. Con un premio de niño aplicado en la escuela, piensa estimular á un trabajo de crítica el Ateneo de la capital.

Por un ejemplar de la edición de las *Cantigas*, hermosa por cierto, pero ¡qué demonio!, solicita la Academia que se le presente un «Índice de palabras, frases y modismos, propios en (sic) la República Argentina, con los equivalentes en castellano, según el Diccionario de la Academia, y noticias acerca de su origen y formación.» A fe que no se pierde la Academia de la Lengua.

Y la Academia de la Historia, por otro librito, pide un «Estudio histórico del fundador de Buenos Aires,» y acaso que Garay resucite y funde otros pueblos.

Nada: para aprovechados, las corporaciones españolas premiando en *Juegos Florales*.

Si yo fuese americano, hombre nuevo de una raza vieja, salido de un viejo solar, pero orientado á lo joven y fresco de la edad presente, mal año si no rompía con rutinas y amaneramientos, y si no imponía mi espíritu, en vez de recibirlo ya manido del propio Antiguo Continente. Hijo de un país laborioso, engrandecido por el trabajo, mi primer convencimiento sería el de que el trabajo es un valor, y el trabajo intelectual no por intelectual está desvalorado en la balanza. Mi deseo sería dar también á la labor del cerebro su compensación en elementos para la vida, y no se me ocurrirían certámenes donde se remunerara con un libro un manuscrito, si el manuscrito encerrase algo, ideas, belleza, datos, enseñanza. El talento royéndose los codos y echando al puchero aguanosos las hojas de laurel de Clemencia Isaura, me sonaría á la leyenda de país decaído, no de nación fuerte donde se cotiza lo que se admira y donde se concibe la vida intelectual como la más alta expresión de la funcionalidad humana. De mi patria de origen tomaría quizás otras cosas, que algunas tiene buenas; pero nunca eso de la literatura escatimada, pobretona, barata y ocasional. Al anunciar un Certamen de cultura, ofrecería alicientes que resolviesen para el escritor afortunado, para el vencedor, el problema de la subsistencia, siquiera por algún tiempo, siquiera por un año. Me inspiraría en el europeo premio Nöbel, no en los moldes de nuestras justas incurrentísimas. Esto hiciera yo, á ser americano.

Estos días se ha presentado en la Secretaría de la Audiencia de mi pueblo una causa formada sobre el hurto de una camelia. Y un periódico regional dice con razón que somos el país más romántico del mundo.

¿Quién duda que una camelia, una rosa, un clavel, pueden representar valor inmenso para un alma, para una vida? El que hurta una camelia, puede también proceder guiado por los móviles más delicados y pu-

ros. Satisfacer un capricho de su *sweet heart*, que dicen en Inglaterra; llevarla la flor que deseó; presentársela victorioso, exclamando: «Por ti nada me parece imposible...»; en suma, el argumento del *Puñao de rosas*, que tanto efecto produce en Apolo á los archirrománticos de la cazuela... Yo, jurado, ¿cómo no había de absolver á ese delincuente?

Somos, es cierto, románticos todavía. He notado que el pueblo envidia y solicita más las flores que el pan. Cruzad las calles de Madrid en coche, comiendo dulces ó picando bombones de un cucurucho, y nadie os pedirá que repartáis; pero llevad en la mano el ramillete, y con verdadero afán, con voz que implora, con ansia de embrazada que se siente presa del antojo, chiquillería, muchachos, hasta hombres barbudos os pedirán «una rosita.»

¡Una rosita! Es decir, una sonrisa, un perfume, un rayo de alegría, un poco de primavera y de sol... No lo necesario, que de eso cabe prescindir; lo superfluo, mucho más importante, mucho más indispensable que lo necesario. Se puede ir por la acera con las botas rotas, el estómago vacío, la camisa de veinte días, el bolsillo vuelto para fuera por inutilidad de llevarlo para dentro; pero con todo eso, es fácil que la sensación de la rosa en la mano, de la rosa arrimada á los ojos, metiendo su aroma por todas las puertas de los sentidos, compense, aunque no sea sino un minuto, lo que la existencia tiene de madrastra. Si un día se hiciesen distribuciones de bonos de flores y otro de bonos de pan, la gente menuda, la mozaillería y golfería de callejones y plazuelas antes se precipitaría á la primera que á la segunda.

La mayor parte de las noticias y sucesos que promueven algaradas en la opinión, me hacen el efecto de caras conocidas. ¡Bah! ¿Y de eso se sorprenden? ¿Es posible que ignorasen?.

Tal me ha sucedido con el drama del loco muerto en el Hospital general de Madrid. Que los loqueros pegan á los locos furiosos, para reducirles, cada paliza que tiembla el misterio, no sé yo cómo les coge de susto á los periódicos ni á nadie. Lo único que ha pasado esta vez, es que se les ha ido un poco la mano, ó que el sujeto tenía escasa resistencia y las costillas blanduchas.

El horror que inspira á las familias enviar á un ser querido á manicomios y hospitales, no reconoce otro origen.

Me apresuro á decir que esto no es acusar á ninguno de los respetables Doctores que dirigen establecimientos de tal índole, ni siquiera formular un cargo concreto contra el personal subalterno: libreme Dios. No sería quizás justo, y por otra parte, pudiera ser buscar pan de trastrigo. Aquí, donde la censura difusa lo llena todo, no hay cosa más peligrosa y desairada que concretar una censura. Quédase el acusador corrido y avergonzado, y los que acusó con alitas y aureola.

Me reduzco á insinuar—y quiera el cielo no sea exceso de audacia—que lo ocurrido con el loco del hospital viene de la tradición, de la costumbre y de la inveterada creencia de que al loco, al delincuente, al niño, á la mujer, al recluta, al amotinado, al infractor de un simple bando de policía, hay derecho á hartarle de coces, palos y puñadas.

Estamos oyendo decir á cada paso que á tal ó cual sujeto se le propinó, en los sótanos de la Delegación H. ó del Gobierno B, una ración de leña que le ardían las espaldas. Los consumidores, según refieren los periódicos, apalean con gentil denuedo. El orden público se restablece á linternazos, á sablazos de plano ó de corte, y en calles y plazas el garrote funciona. El garrote es el arma *pour rire*, la patada pertenece á la musa cómica. Sin embargo, de un garrotazo se muere, de una patada se aborta, de una mano de coces se hunden las costillas y se detiene el péndulo del corazón...

Por eso la bárbara escena del Hospital general yo la hubiese adivinado, y sin gran derroche de perspicacia. A esta escena habrán precedido otras no menos primitivas y crueles; con la mera diferencia de que ó los tacones no habrán tenido fuerza bastante para magullar y triturar costillajes, ó la lesión habrá pasado inadvertida. El tratar benignamente á los enfermos, á los locos, á los pobres, á los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material..., ¡qué signo profundo de cultura! ¿Cómo vamos á suponer esa virtud singularísima en el personal de enfermeros de un hospital español, personal enganchado entre clases no muy provistas de finura en el sentir y de piedad cristiana, y acaso tampoco de ese hidalgo é instintivo arranque de generosidad que impide hacer daño á los infelices?

EMILIA PARDO BAZÁN.